

¡Ave, César!

-¿De verdad estamos en el desván del colegio? -se preguntó extrañado Daniel.

-No, no lo creo -dudó Juan-. Desde luego que estamos en un desván, pero no es el de nuestro colegio.

-Pues yo os aseguro que señalé 2007 en la máquina -gritó Elena, disculpándose.

-Habrás señalado 2007, pero me temo que estamos, como mucho, en el año 107 después de Cristo -comentó Ángela, mientras contemplaba por el ventanuco del desván las calles adoquinadas de una auténtica ciudad romana.

Todos nos amontonamos tratando de ver lo que sucedía en la calle. Se veía gente por todas partes: caminantes en todas las direcciones, carros cargados con provisiones, niños jugando, ...

- Pues, si no estamos en nuestra época, ¿en cuál estamos? -preguntó Marta, un poco decepcionada, pues hacía días que soñaba con estar en su casa, disfrutando de su cama y su familia.

-Yo le doy la razón a Ángela -comentó Sara-. Creo que podemos estar en pleno apogeo del Imperio Romano.

-¿Y cómo vamos a salir de aquí? -se impacientó Jorge.

-Pues volviendo a subirnos en la máquina del tiempo y seleccionando el año adecuado -respondió Andrea, quien también estaba deseando llegar a casa.

-De eso nada -dijo Carla, levantando la voz- Ya que estamos aquí, yo soy partidaria de conocer cómo vivían los romanos. Oí y leí muchas cosas de ellos, pero es mucho mejor verlo de verdad.

-Yo estoy de acuerdo con Carla -dijo Alba.

-Y yo -remató Beatriz.

-Pues a ver -propuso Loreto-, vamos a hacer una votación.

Votamos rápidamente a mano alzada y, como era de suponer, la mayoría elegimos quedarnos en aquella ciudad romana y explorarla.

Cuando todos estábamos pensando cómo nos las íbamos a arreglar para salir de allí y pasar desapercibidos, Enol comenzó a gritar desde una esquina del desván:

-¡Eh, mirad! ¡Aquí tenemos ropa para un pueblo entero!.

Y empezó a sacar túnicas romanas de unas bolsas de tela.

Por el buen tiempo que hacía, parecíamos estar en primavera o quizá a comienzos del verano, así que los niños nos pusimos túnicas blancas y las niñas de colores suaves. También encontramos sandalias de tiras, que era el calzado que solían ponerse los romanos.

Cuando todos estuvimos preparados, nos dispusimos a bajar la escalera. Guardamos un total silencio y fuimos descendiendo hasta llegar a un patio

interior, sin techo, decorado con algunas estatuas y muchas plantas. Sin duda estábamos en la casa de algún hombre rico, pues aquella forma de vivir no era propia de gente pobre, ni mucho menos de esclavos.

La suerte nos acompañó y, en un periquete, después de haber atravesado la puerta principal y, tras ella, un largo corredor, pisamos por primera vez en nuestras vidas una **calzada** romana. En realidad, era casi como las calles del siglo XXI, sólo que en lugar de asfalto, estaba construida con losas de piedra. Nos miramos unos a otros con cara divertida y empezamos a reírnos de las trazas que llevábamos.

-No sé si tendremos problemas con el idioma -comentó Carlos-, porque por lo que yo sé, estas personas hablan latín, y nosotros no tenemos ni idea.

-Pero no te preocupes demasiado -dijo Beatriz con voz tranquilizadora-. Como el Imperio Romano es tan grande, hay gente de todas partes. Si alguien nos pregunta, diremos que somos de **Hispania**, así nadie se extrañará de nuestro acento.

Comenzamos a caminar por aquella larga calle, cruzándonos con todo tipo de personas. Nos fijamos en que unas iban mucho mejor vestidas que otras y que, sobre la túnica, llevaban otro vestido que, según los más empollones de la clase, se llamaba **toga**, y que sólo vestían los más ricos.

Nos encontramos con un grupo de niños y niñas que jugaban en la calle: unos echaban carreras con aros, y otros tenían pequeños soldaditos muy bien equipados con todas sus armas. Sin duda no se trataba de niños pobres, porque si lo fueran estarían trabajando en lugar de jugar y, además, no dispondrían de tales juguetes.

Nos acercamos a los niños con la intención de jugar con ellos. Al principio, nos costó mucho trabajo entablar conversación, porque aunque el castellano es una lengua derivada del latín, son pocas las palabras que se pueden decir de la misma manera. Pero, como el juego es un lenguaje universal y de cualquier época histórica, al final terminamos entendiéndonos. Los niños y niñas romanos nos enseñaron sus juegos. Nosotros, a cambio, les mostramos la "PSP" que llevaba Alberto cargada con los Ninja Mutantes. ¡No os podéis ni imaginar la cara que pusieron cuando vieron aquellos muñequitos moviéndose en la pequeña pantalla!

El tiempo pasó rápido y los nuevos amigos y amigas romanos nos hicieron saber que, al día siguiente, en el anfiteatro, había un gran espectáculo. Así que nos despedimos de ellos y quedamos citados para las diez de la mañana.

Era la hora de comer y estábamos en apuros, porque no teníamos ni un mendrugo de pan que llevarnos a la boca. A Alba se le ocurrió que podíamos buscar un mercado e intentar cambiar por algo de comida algún objeto de los que llevábamos encima, como por ejemplo un reloj o un anillo.

Estuvimos de acuerdo en la proposición hecha por Alba y deambulamos durante media hora por las calles de aquella ciudad que, por cierto, estábamos casi seguros de que era Roma, hasta que encontramos una calle llena de puestos de comida. Nos acercamos a uno de los comerciantes y le enseñamos el reloj que llevaba Manuel:

-Hora, hora ... -gritaba Iván como si le hablase a un sordo-. Hora buena. Cambiar comida.

-*Non intellego* -decía el comerciante mirando con cara asustada tanto a Iván como al reloj de Manu.

-Iváns, no grites, creo que no te entiende -decía Manuel.

Pero él insistía una y otra vez:

-Comida... Reloj... Cambio...

Hasta que Loreto, harta ya de tanta pantomima, cogió pan, queso, fruta y otras cosas comestibles que encontró a mano y, mostrándole el reloj al mismo tiempo que se lo acercaba al oído, le dijo al comerciante:

-*Tu, horologium. Nos, alimentum.*

En aquel momento, pareció comprender, y fascinado por aquel reloj moderno y de tan pequeñas dimensiones, sonrió y nos dio más comida de la que necesitábamos.

Todos quedamos sorprendidísimos cuando oímos a Loreto hablar en latín.

-Pero bueno, Loreto, ¿es que sabes latín? -le preguntó Sara admirada.

-¡Qué va! Lo que pasa es que aprendí algunas palabras de un libro que encontré hace poco en la biblioteca.

-¿Y qué le dijiste para que aceptara el cambio? -insistió Sara.

-Pues más o menos, "Tú, reloj. Nosotros, comida". Y resultó, ¿no?

¡Y tanto que había resultado! Teníamos comida de sobra, pero no sabíamos el tiempo que tendríamos que estar allí, así que decidimos guardar todo lo que nos había sobrado para cuando nos volviera a asaltar el hambre.

El sol estaba cayendo, la noche se avecinaba y teníamos que regresar al desván en el que habíamos ido a parar. Sin embargo, no resultaba fácil andar por aquellas calles: en primer lugar, porque todas eran muy parecidas y, por si fuera poco, ninguna tenía nombre. Así que tuvimos que ir recordando los sitios por los que habíamos pasado. La ayuda de Andrea resultó imprescindible, pues tenía una asombrosa memoria y era al mismo tiempo muy observadora. Siempre se acordaba de una fuente, una tienda, un edificio, una esquina o cualquier detalle que nos sirviera para llegar a nuestro destino.

Y así fue. Después de andar y desandar el camino varias veces, conseguimos llegar a la casa en la que teníamos que pasar la noche.

De puntillas, recorrimos el corredor, abrimos la puerta principal, atravesamos el patio interior y subimos las escaleras hasta el desván. Por muy extraño que parezca, nadie se cruzó con nosotros, aquella casa parecía deshabitada o tal vez sus dueños estaban de viaje o de vacaciones en otra parte del Imperio Romano.

Estábamos muy cansados, así que cada uno se acomodó en un rincón del desván, utilizando las ropas y bolsas que allí había como colchones improvisados. Al poco tiempo, todos estábamos durmiendo.

Los gritos en la calle, el ruido de las carretas y el canto de los gallos, nos despertaron bastante temprano. Sin embargo, dentro de la casa, seguía sin oírse nada, así que decidimos explorarla, recorriendo las distintas habitaciones. En la planta baja, además del patio interior, había otras dependencias: la cocina no tenía chimenea, sólo una gran olla con asa que colgaba del techo y un pequeño muro de piedra debajo, donde se quemaba la leña.

-¿Y por dónde sale el humo cuando cocinan? -preguntó extrañado Juan.

-Pues seguro que abren la ventana. -contestó Alberto, pensando en voz alta.

El retrete era muy rústico, pero como no había otra cosa mejor, decidimos hacer cola para usarlo, pues resultó que todos estábamos bastante “apurados”. Lo malo fue que también tuvimos que turnarnos para transportar el agua en una tinaja desde una fuente que había en el jardín.

Sin darnos cuenta, y mientras mordisqueábamos algunas viandas que nos habían quedado del día anterior, ya casi eran las diez, la hora en la que nos habíamos citado con nuestros nuevos amigos romanos.

El **anfiteatro**, menos mal, era fácil de localizar, pues estaba al final de aquella misma calle. Quedamos impresionados de la cantidad de gente que caminaba hacia allí.

-¡Jope! -se asombró Manuel- ¡Esto parece El Nou Camp en un día de fútbol!

Y así era. Tanta gente había en los alrededores del anfiteatro, que pensamos que allí no seríamos capaces de encontrar a nadie. Pero, cuando más distraídos estábamos, sentimos cómo unos brazos nos agarraban por atrás y en un periquete nos tiraban al suelo. ¡Menudo susto! Creímos que nos iban a arrestar, pero pronto descubrimos que se trataba de una broma de nuestros nuevos amigos.

Entre risas y empujones, fueron llevándonos en volandas hasta una de las puertas de entrada y, sin apenas darnos cuenta, llegamos a las gradas en las que teníamos que sentarnos para contemplar el espectáculo.

Estábamos ante una verdadera fiesta para aquella gente. Todo el mundo se mostraba alegre, hablador y dicharachero.

En el lugar más destacado, en un palco especial con un trono lujosísimo, se sentó el emperador, que previamente había sido anunciado por el estruendo de las trompetas.

El espectáculo comenzó inmediatamente. Salieron en primer lugar dos gladiadores: uno con una red y un tridente; el otro, protegiéndose con un escudo y armado con una gran espada. Se inclinaron ante el emperador y dijeron con voz potente: “Ave, Caesar, morituri te salutant”, que quiere decir, como ya sabéis por las películas de romanos: “Ave, César, los que van a morir te saludan”. A continuación, comenzó una encarnizada lucha, mientras la gente no paraba de vociferar, incluyendo nuestros pequeños amigos. Finalmente, el gladiador de la espada asestó un tremendo golpe a su contrincante y lo tiró al suelo, poniendo su pie sobre él. En aquel instante, los espectadores empezaron a gritar: “¡Mátalo, mátalo!”, al tiempo que hacían una señal con su mano, cerrando el puño e indicando hacia abajo con el dedo pulgar. El emperador, al ver que la petición era mayoritaria, hizo lo mismo con su mano, y el gladiador dejó caer la espada atravesando el cuello de su enemigo.

Para nosotros, aquello resultó espectacular. Imaginaos, ¡nosotros que sólo habíamos visto muertos en las noticias de la tele, ver como mataban a alguien de verdad...!

-¡Uf! -resopló Iván- ¡Esto no lo supera ni una “peli” de terror!

-¡Oh, no! -se asustaba Beatriz, mientras se tapaba los ojos con sus manos para no ver aquel salvaje espectáculo.

-Tranquila, Bea -decía Daniel haciéndose el fuerte, pero un poco asustado como todos los demás.

No habíamos tenido tiempo de tomar aire, y ya habían salido a la arena varios leones hambrientos y un oso. Tres gladiadores peleaban contra esos

salvajes animales. Uno de ellos no supo esquivar el zarpazo que le asestó un león y cayó muerto de inmediato. Los otros dos, aunque con heridas, supieron defenderse y el emperador les perdonó la vida.

Pero el espectáculo era largo, duraría todo el día. La gente llevaba comida en abundancia y, como estaba contenta, repartía con todo el mundo aquello que llevaba, incluso con nosotros que, por un momento, pensamos que habíamos nacido y crecido en la antigua Roma.

El día, con tantas emociones, resultó agotador. Menos mal que, al salir del espectáculo, nuestros amigos nos llevaron a unas **termas**. Lo pasamos fenomenal, corriendo de unas habitaciones a otras, entrando y saliendo de piscinas con agua caliente para terminar con un baño en una piscina de agua fría que tenía hasta un pequeño trampolín para zambullirnos. Un esclavo nos dio un masaje y quedamos totalmente relajados, como si nos hubieran dado un somnífero.

Regresamos tarde a la casa del desván. Tan sonámbulos íbamos que no nos dimos cuenta que los dueños habían regresado. Cuando abrimos la puerta, quedamos atónitos al ver el patio interior de la casa lleno de gente. Sin duda, a ellos les sucedió otro tanto. No supimos qué hacer. De momento quedamos petrificados, pero sólo hasta que oímos gritar a Elena:

-¡Todos al desván, rápido!

Echamos a correr escaleras arriba. Detrás de nosotros, los esclavos de la casa, a quienes gritaban sin cesar sus dueños ordenándoles que nos apresaran.

A duras penas conseguimos llegar hasta la puerta del desván y cerrar con un pasador. Mientras nuestros perseguidores golpeaban la puerta con intención de tirarla, nos subimos en la máquina del tiempo y seleccionamos una nueva fecha...

-¡Cruza los dedos! -ordenó Elena- ¡Ojalá esta vez aparezcamos en el Colegio!